

**William Ospina**

**DE LA HABANA A LA PAZ.** Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S. Bogotá 2016, Pp. 332.

**El autor**

Docente del Programa Tecnología en Asistencia Gerencial - Presencial, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

nadarme@unicolmayor.edu.co

Este libro de 332 páginas es una colección de ensayos sobre la turbulenta historia de Colombia y su conflicto. El autor William Ospina toca aspectos trascendentales de la cultura colombiana, de sus ancestros, del conflicto armado colombiano. El bagaje de Ospina, conocedor como pocos del país, gracias a su ancestro tolimense (cuna de grandes gestas y revoluciones en Colombia, región que ha padecido en carne viva el conflicto armado, que ha sido estigmatizada por su talante para reclamar y ha dejado muchos muertos antes que aceptar cabizbajos situaciones que son inaceptables especialmente para los campesinos) y gracias a su formación humanista recibida desde temprana edad en su hogar, hacen de este texto una lectura obligatoria en todos los ámbitos educativos del país sobre todo por el

momento crucial que vivimos, en medio del bombardeo de información sobre el histórico proceso de paz que se acaba de firmar. He aquí un material que se debe leer, analizar y debatir desde el colegio hasta los programas de doctorado no solo en Colombia sino en el mundo entero.

**Primera parte. En tiempos del Caguán**

Ospina inicia con el capítulo de Colombia y el futuro. Aquí afirma que frente a la criminalidad los colombianos asumimos una *tolerancia cómplice* y justificamos la violencia con frases como *quién sabe en qué andaba metido* y *quién lo manda meterse en donde no debe* (17). Así, dice el autor, sobre estas frases *contienen un principio de justificación del hecho*. Dicho de otra manera, aplaudimos al agresor por haberle dado una lección a la víctima. También encontramos otras frases contundentes. En la página 19, el escritor nos ilustra la famosa malicia indígena así: *La viveza ha sido considerada prueba suprema de inteligencia. La capacidad de hacer trampa, una condición de supervivencia*. Todos a diario vemos ilustrada esta realidad con el comportamiento de nuestros conciudadanos, y lo que es peor, transmitiéndolo a los niños, en todo lugar público escuchamos las típicas frases de los padres *no sea bobo, pase de*

*primero, coja antes que los demás* y por supuesto que esto es la anécdota para contar en la reunión familiar, para que todos se sientan orgullosos de lo vivo que es la niña o el niño.

En cuanto a la justicia colombiana encontramos esto: “[...] a los únicos a los que se trata implacablemente, con la inexorable espada de la ley, es a los pobres” (21). Aquí aplica el adagio popular de la justicia para los de ruana. Si el infractor pertenece a la élite entonces el proceso toma años y años y si ya está todo en contra del personaje se le asigna la casa por cárcel. “¿Seremos capaces los colombianos de cambiar la riqueza por la inteligencia, la astucia por la lealtad, la competitividad enfermiza por la generosidad, el egoísmo mezquino por la cordialidad, la mera acumulación de bienes por el verdadero goce de vivir?” (22). Desde las primeras páginas el autor nos invita a mirarnos en un espejo, a entender que debemos cambiar paradigmas que dificultan que seamos mejores personas.

En el capítulo titulado: “Lo que se gesta en Colombia”, el autor hace una de las más profundas reflexiones sobre nuestra cultura que finalmente no es tan nuestra “[...] Colombia fue siempre un país que, como una

figura anómala de la geometría, tuvo su centro fuera de sí misma. El centro de nuestra cultura fue sucesivamente la corona española, el Vaticano, la Revolución Francesa, el mercantilismo inglés, la sociedad de consumo norteamericana” (81). Así las cosas, resulta que no tenemos espejo propio siempre hemos usado espejos extranjeros que lo único que hacen es golpear la autoestima, rechazar lo que somos y querer ser como los foráneos. Esta reflexión nos permite entender nuestra desmedida adoración por ellos; son los que tienen el conocimiento, su raza es mucho más linda y pura que la nuestra, sus idiomas más elaborados y bonitos que el propio. Su concepto tiene mucho más valor que el de un experto reconocido y experimentado pero formado en estas tierras.

En la página 88, el autor del libro se detiene a analizar un momento histórico que partió la vida política del país; el asesinato del líder popular más carismático y capacitado para gobernar a Colombia Jorge Eliécer Gaitán. Con el desparpajo de la provincia colombiana señala a la élite colombiana como la responsable de nuevamente trincar el sueño del pueblo de tener el cambio esperado desde que este país existe: “Pero como siempre que surgía el anhelo de una vida feliz, de una vida más plena para las gentes humildes, se alzó en

Colombia el poder criminal de las élites para detener y conjurar ese asomo de reivindicación popular”. Cuando se trata de defender sus intereses las élites acuden a sus contactos más bajos (que siempre argumentan desconocer) para mantenerse en el poder y no permitir que nadie que no sea de la élite tenga el derecho de gobernar al pueblo.

Los colombianos somos reconocidos en el mundo entero por nuestra desconfianza. En cualquier lugar del orbe donde nos encontremos y nos digan allí hay un colombiano o venga le presento a un colombiano se nos disparan todas las alarmas; nuestro primer pensamiento es *cuidado*, *peligro*. Ospina explica esta desconfianza en la página 114: “Toda nación es una memoria compartida, pero esa memoria tiene que haber sido elaborada colectivamente”. Colombia necesita reconocerse en Macondo, necesita curarse del olvido, curarse de la venganza y curarse de la ignorancia de sí misma [...]” Es indispensable recuperar nuestra memoria colectiva y así se despertará el sentido de pertenencia y, por tanto, de unión. También, describe un panorama que debe cambiarse “No veo cómo puede comunicarse consigo mismo un país donde los dirigentes, el sistema educativo, los poderes económicos y los medios de comunicación estimulan, a veces sin advertirlo, la exclusión, la

descalificación de los otros, la estratificación social, la intolerancia, y la sed de venganza” (120 y 121). Si continuamos con la polarización y la exclusión la posibilidad de sentirnos en confianza y unidos será cada vez más remota.

Sobre la guerra en la página 125 dice “Pero hoy nadie tiene derecho a convertir a sus víctimas, a convertir las ofensas que ha sufrido, en un pretexto para que continúe sin fin la atrocidad”. Infortunadamente esa es la bandera que enarbolan los que se presentan como *víctimas* y, por ello, entonces como guerreros permanentes que se resisten a perdonar, a olvidar; el perdón y el olvido son gestos de seres humanos superiores, de ejemplos a seguir. Eso deberían ser nuestros líderes, no pescadores en río revuelto para mantener su caudal electoral sobre el odio y la venganza; los colombianos debemos dar el paso definitivo y eso sólo se logra con líderes íntegros, con programas de inclusión, con filosofías y partidos que integren y respeten la diferencia. Los líderes y partidos que insisten en discriminar, señalar, estigmatizar deben ser dejados de lado por el electorado colombiano para así dar a la luz la nueva Colombia.

**Segunda parte. En tiempos de La Habana.**

**Noé Adarme Salazar**

En la página 158, que trata sobre los campesinos y el agro colombiano el escritor dice: “La presencia del Estado consiste principalmente en cuarteles y batallones, pero esa presencia necesaria se resuelve también en vías adecuadas para acceder a los mercados, educación, salud, y una cultura de la memoria [...]” Esto corresponde exactamente al punto acordado con las FARC sobre el agro. El desarrollo integral de los campesinos; complejos programas de inclusión que los valore y les dé el lugar de privilegio, que deben tener en la sociedad colombiana. Deben ser los consentidos puesto que gracias a su tenacidad y a pesar de las condiciones adversas seguimos teniendo productos tan variados y exóticos que tanto colombianos como extranjeros no nos cansamos de degustar y alabar. Si aún en cultivos a pérdida y condiciones infrahumanas de los campesinos tenemos estos productos ¿cómo será el campo colombiano sin guerra y con todo el apoyo del Estado? Este concepto se refuerza en el capítulo 27: “Pa que se acabe la vaina”. Ospina pone el dedo en la llaga y dice entre muchas ideas contundentes la siguiente: “[...] que se reconozca que la democracia colombiana tiene una deuda inaplazable con el pueblo en términos de empleo, educación, salud, igualdad de oportunidades, justicia y

distribución del ingreso y que esa deuda aplazada ha sido uno de los principales alimentos del conflicto”. ¡Qué se puede agregar, a esta verdad como un puño! ¿No es el mismo Estado con su negligencia, abandono y egoísmo el responsable de la violencia en Colombia?

El proceso de paz que se inició en Colombia es como todos sabemos imperfecto y seguramente exigirá correctivos importantes. Esta temática no le es ajena al escritor “Durante cincuenta años justificaron la guerra, hicieron la guerra, nos ordenaron la guerra, y perseguían al que no la quisiera. Ahora quieren la paz, pero una paz sólo suya, con sus métodos herméticos y ocultos a la manera de Santos, con sus sistemas de guerra implacable y de arbitrariedad militar a la manera de Uribe, pero sin cambiar en nada la injusticia que hizo nacer la guerra, y para seguir siendo los dueños del país, los arrogantes dueños de las soluciones” (251). Por supuesto que este proceso de paz tiene muchos errores desde el nombramiento de los representantes de los colombianos, el sincretismo de las negociaciones hasta la justicia que no llega. Todos vemos como ésta se aplica arbitrariamente y los ilustres delincuentes siguen con sus campañas, sus curules, sus propiedades adquiridas con sangre e ilegalidad; siguen siendo los ilustres

expresidentes, senadores, concejales a pesar de que las pruebas contra ellos sean contundentes. Y la pregunta que todavía muchos nos hacemos ¿contó mi opinión en el proceso? No se trata solamente de refrendar lo acordado se trata de haber informado al pueblo punto por punto lo que se iba acordando, de haber hecho una pedagogía clara y directa del proceso y de paso evitar tantas habladurías mal intencionadas sobre las negociaciones. El sincretismo fue el peor error del proceso.

En el último capítulo “Un diálogo sobre la paz”, el autor explica por qué los colombianos nos sentimos muy inferiores a los europeos y siempre estamos buscando que ellos nos validen; nuestro conocimiento no es confiable si no está avalado en Europa; no somos cultos si no hablamos una lengua europea y somos ciudadanos de tercera si no hemos visitado Europa. El resto no vale. Para entenderlo hay que remontarse a la época de la conquista. En cuanto a la lengua española dice: “[...] venía investida de autoritarismo pensando que ella encarnaba la civilización y que las lenguas nativas eran la barbarie” (306). Nuestra realidad no era correcta “Que no teníamos derecho a vivir en el mundo en el que vivíamos, que nuestra naturaleza parecía deslegitimada...” (307). Lo que había en el nuevo mundo no servía, no era bueno. Sólo lo

europeo. “... nos hicieron creer que vivíamos en un mundo de segunda categoría” (308). ¿Cómo pretender que sobre la base de la negación podamos sentirnos orgullosos de nuestro origen, ancestro e historia? Nos enseñaron desde siempre que nuestra lengua y creencias eran salvajes, nuestra naturaleza inapropiada. Desde la llegada de los europeos dejamos de ser nosotros para buscar ser ellos. Hoy en día, seguimos viendo a los europeos como aquellos que bajaban de los barcos, traían el conocimiento y nos iban a civilizar.

Se puede concluir, que desde la llegada de los españoles empezaron los problemas de identidad para los colombianos que no han podido valorarse por ellos mismos, sino que siguen (como en esa época) negándose, para adoptar lo foráneo como propio.

El eterno conflicto colombiano tiene su base en la pésima dirigencia política que siempre ha pertenecido a la élite y que no ha logrado entender que, si no brinda las herramientas necesarias para que se acabe la exclusión y se opte por la inclusión a todo nivel, sus días están contados. El profundo conocimiento que posee el autor sobre la historia de Colombia y sus propuestas para que pasemos a otro nivel deben ser material de análisis y discusión ¿Seremos capaces de

dejar de lado el egoísmo social, reconocernos en nuestra verdadera esencia y mirar todos hacia el mismo horizonte sin importar que a quién tenemos al lado fue paramilitar, guerrillero o soldado; o que profesa una religión y tiene una orientación sexual que no lo excluye del bloque de nuevos ciudadanos colombianos del mundo?